

REGRESAR A JESÚS DE NAZARET

Conocer a Dios y al ser
humano a través de la
vida de Jesús

RAFAEL LUCIANI



REGRESAR A JESÚS DE NAZARET

Conocer a Dios y al ser humano
a través de la vida de Jesús

RAFAEL LUCIANI

Prólogo de
JOSÉ ANTONIO PAGOLA



Diseño: José Ignacio Molano
Estudio SM

© 2014, Rafael Luciani
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2686-0

Depósito legal: M-3.791-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de José Antonio Pagola	5
INTRODUCCIÓN. SERVIDORES DE HUMANIDAD	15

PARTE I. A LA LUZ DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

1. Discernir a Dios como lo hizo Jesús	23
a) Apostar por una vida fraterna	23
b) Reconocer nuestra realidad como Jesús lo hizo con la suya	27
c) Seguir a Jesús en los pobres y enfermos, y a favor de las víctimas	32
2. El rostro humano de la voluntad divina	35
a) La voluntad de Dios no es genérica	35
b) La plenitud divina reside «corporalmente»	38

PARTE II. FIELES AL RECUERDO DE JESÚS

1. Acontecimiento y memoria histórica	45
a) Los primeros recuerdos del Mesías crucificado	45
b) Recordar sus palabras por medio de su praxis fraterna	48
c) Recordar para vivir con el mismo espíritu de Jesús	53
2. La tentación del olvido	58
a) Nuevos referentes: una humanidad completa, pero deshistorizada	58
b) Una humanidad en proceso y digna de fe	64
3. El regreso a Jesús	69
a) El regreso a Jesús de Nazaret como paradigma de humanidad	69
b) Recordar los <i>verba, acta et passa Christi in carni</i>	74
c) Una humanidad comprometida con la causa del Reino de Dios	77

PARTE III. REGRESAR A JESÚS DE NAZARET

1. Un profeta galileo de Nazaret y un Mesías no davídico de Belén 83
 - a) De Galilea y no de Judea 84
 - b) Jesús de Nazaret, el Mesías, en el judaísmo y bajo el Imperio romano 90
 - c) ¿Por qué es importante recordar la infancia de Jesús? . . . 93
2. Jesús, seguidor del proyecto de Juan 104
 - a) El precursor del Mesías 105
 - b) Las expectativas escatológicas en el mensaje de Juan . . . 108
 - c) De la práctica del bautismo a la predicación del Reino . . 111
3. Un nuevo *mesianismo asuntivo* no davídico 117
 - a) Haciéndose amigo del pecador y cargando con sus dolencias 117
 - b) Renovando las esperanzas más allá de las expectativas mesiánicas 121
 - c) Al servicio de los pobres y olvidados 125
 - d) La densidad de un presente definitivo 129
 - e) La autoridad de quien reconcilia 132
4. La nueva familia de Dios 137
 - a) Reinado de Dios y familia 137
 - b) Vivir de la confianza en el Padre 140
 - c) Escuchar la Palabra y actuar según su Espíritu 142
 - d) Comer como hermanos 145
 - e) La autoridad de la fraternidad itinerante 150
5. Un nuevo Reino de paz y justicia 153
 - a) El Dios del Reino 153
 - b) Orar para que acontezca el Reino 161
 - c) Habrá Reino cuando haya reinado 167
 - d) Eunucos por el Reino: comprender lo humano más allá de lo convencional 169
 - e) Colaborar con la causa del Reino 174

PARTE IV. RECUERDOS Y RASGOS DE UNA HUMANIDAD QUE ATRAE.

«¿QUIÉN DECÍS VOSOTROS QUE SOY YO?»

1. Apostar por el Dios de Jesús	183
a) Releer la vida de Jesús a la luz del Antiguo Testamento	183
b) Encontrar a Dios como pobre de Yahvé e hijo de la tierra	192
c) Vivir sin violencia: acogiendo siempre con compasión y nunca con cólera	201
d) ¿Dónde encontrar a Dios? Hay que optar...	208
e) Apostar la vida por algo completamente nuevo. ¿Y si Dios realmente reinase?	218
2. El mesianismo asuntivo del Hijo del hombre	223
a) Mesías y mesianismos	223
b) El mesianismo del Hijo del hombre	237
3. El Hijo que sufre como Siervo	257
a) Desde la entrega de Jesús es posible entender el padecimiento	257
b) Ungido y movido por el Espíritu del Siervo	262
c) La muerte del Hijo y el sufrimiento del Siervo	285

A MODO DE CONCLUSIÓN. CONSECUENCIAS PARA LA COMUNIDAD Y LA VIDA CRISTIANAS

1. Recordar la praxis fraterna del Hijo, Jesús de Nazaret	296
2. Seguir a Jesús mediante la construcción fraterna de la sociedad	302
3. Hacer de la Iglesia <i>Mater convocans</i> una Iglesia <i>Fraternitas convocata</i>	304

BIBLIOGRAFÍA	309
------------------------	-----

PRÓLOGO

Después de veinte siglos de cristianismo, los que nos decimos cristianos hemos de regresar a Jesús para arraigar nuestra fe, con más verdad y fidelidad, en su actuación humana, su mensaje y su servicio al Reino del Padre. Esta es la llamada vigorosa que nos hace Rafael Luciani en este trabajo, elaborado de modo original y atrevido, invitándonos a revisar radicalmente modos poco correctos de pensar a Jesucristo, prácticas religiosas poco fieles a Jesús y estilos de vida que desfiguran el seguimiento a Cristo, sin colaborar en la causa del Reino de Dios a la que él se entregó hasta dar su vida.

Regresar a Jesús

Al hablar de «regresar a Jesús», el autor no está pensando en promover una investigación más precisa y mejor fundamentada de la biografía de Jesús, menos aún en revisar la cristología elaborada desde el Concilio de Nicea hasta el de Calcedonia, para actualizar su conceptualización metafísica desde categorías más acordes con el contexto cultural de nuestros días. Su propósito es abrir un camino que, recuperando la memoria histórica de Jesús, nos conduzca a vivir con el mismo espíritu con el que él vivió su humanidad, y así nos ayude a encontrarnos con el Dios vivo del Reino a cuyo servicio entregó su vida entera.

Para Rafael Luciani, «regresar a Jesús» significa, más en concreto, tres tareas fundamentales. En primer lugar, aceptar la humanidad histórica de Jesús como paradigma de nuestro modo de ser humanos: lo que se nos revela en Jesús no es un contenido doctrinal, sino el modo de vivir más humano y humanizador que puede haber, pues responde fielmente a la voluntad de un Dios que solo quiere y busca

un mundo más humano. En segundo lugar, es necesario poner en práctica esa praxis concreta de Jesús como realidad última y definitiva: al hacerlo así estamos confesando que Jesús es el Mesías, el Cristo de nuestra fe. Por último, «regresar a Jesús» exige comprometernos, como él, al servicio no de una religión convencional, sino de la causa del Reino de Dios, el Padre bueno y compasivo: este compromiso se va concretando en una actuación firme contra las condiciones históricas que obstaculizan su reinado de paz y justicia, y en el desarrollo de una práctica fraterna al servicio de todas las víctimas. De este modo, el Reino de Dios sigue aconteciendo en nuestros días.

Recuperar la memoria histórica de Jesús

Para regresar a Jesús es necesario recuperar su memoria histórica, siguiendo el mismo camino que recorrieron las primeras comunidades cristianas. Esta es, según Luciani, la vía indispensable para acceder al acontecimiento de Jesucristo. Hemos de ir configurando también hoy nuestra identidad de seguidores de Jesús desde la fidelidad a su memoria, como lo hicieron los primeros seguidores.

Recordar la memoria histórica de Jesús no es recopilar datos de su biografía ni memorizar o repetir lo aprendido acerca de él. No estamos ante una doctrina, sino ante la historia viva de Jesús en la que se revela de manera definitiva Dios y su proyecto de reinado en el mundo. El autor subraya que ser fieles a esta memoria viva de Jesús es encontrar en su hechos, palabras y sufrimientos los criterios de nuestra actuación, hacer nuestra su práctica fraterna y vivir así con su mismo espíritu.

Por eso, el autor no se preocupa directamente de una reconstrucción histórica de Jesús, sino que nos llama a reencontrarnos con la praxis humana, entrañable y no violenta que le movió a él y que nos ha de impulsar también a nosotros a hacernos cargo fraternalmente de las víctimas: los pobres, los enfermos, los pecadores. Al mismo

tiempo nos recuerda que la fidelidad a esta memoria viva de Jesús conduce al conocimiento de cómo ha actuado y cómo nos ha tratado Dios a través de la humanidad de Jesús. Es en esta fidelidad a la memoria de Jesús donde «se ha de anclar nuevamente el cristianismo para encontrar su lugar y su rumbo en la historia».

Quiero destacar la importancia que puede tener en estos momentos este enfoque de Rafael Luciani para ampliar el horizonte en el estudio de la figura de Jesucristo. La razón, a mi entender, es doble. Por una parte, la apelación a la memoria de Jesús guardada, discernida y transmitida por las primeras comunidades cristianas nos permite tomar conciencia más clara de las limitaciones de una investigación histórico-crítica cuando se reduce a reconstruir la historia de Jesús aislándolo en el contexto socio-político de la Galilea de los años treinta. Por otra parte, nos invita a desarrollar la cristología no desde la absolutización de la reflexión metafísica de la naturaleza humana y divina de Cristo, sino desde la determinación de los elementos concretos que configuran su práctica histórica según la memoria viva guardada por los primeros cristianos.

Identidad mesiánica de Jesús

Si hemos de regresar a Jesús como paradigma de nuestro modo humano de actuar para vivir con el mismo espíritu con el que él vivió y colaboró en el proyecto humanizador del Reino de Dios, es de importancia suma discernir la identidad mesiánica de Jesús: el espíritu que impulsó y alentó su entrega a la causa del Reino.

Para ello, el autor, fiel a su enfoque, permanece atento a los recuerdos de Jesús guardados, meditados y transmitidos por sus primeros seguidores. En ellos es posible reconocer el espíritu con el que él se entregó al servicio del Reino de Dios. Desde ahí podemos acercarnos nosotros al proceso de discernimiento que lleva a cabo el mismo Jesús para ir configurando su servicio mesiánico respondiendo fielmente al Dios del Reino.

Para captar de manera adecuada ese proceso vivido por Jesús en la búsqueda de su identidad mesiánica, el autor tiene en cuenta tres hechos que, con frecuencia, no son considerados suficientemente por la investigación histórica de la figura de Jesús. En primer lugar, la relación personal de Jesús con Dios. El Dios al que ora y en el que confía no es un Dios poderoso y vengador, sino un Padre bueno y misericordioso. Su fidelidad absoluta a ese Padre distancia a Jesús del mesianismo davídico y de cualquier ideología o práctica violenta, contrarias a la compasión fraterna. En segundo lugar, la espiritualidad de los pobres de Yahvé (*anawim*). Jesús ha crecido y ha sido educado en el clima espiritual de esos campesinos empobrecidos, humillados y despreciados por los poderosos, que ponen toda su confianza en Dios y no tanto en las prácticas religiosas o la observación estricta de normas y ritos de pureza. Entre los *anawim* aprenderá Jesús a confiar en el Padre como un pobre, conocerá que ese Dios está a favor de los pobres e irá descubriendo que es posible construir una vida más humana desde los que no tienen futuro en un mundo dominado por los poderosos: estos pobres son los que heredarán la tierra. En tercer lugar, la relectura que hace Jesús de las Escrituras de Israel. En ellas se alimenta Jesús para discernir y asumir el espíritu y los rasgos humanos que responden mejor al servicio que ha de realizar a la causa del Reino de Dios.

Líneas de fuerza de la actuación mesiánica de Jesús

Nuestro autor va diseñando la identidad mesiánica de Jesús estudiando las líneas de fuerza que marcan su actuación mesiánica. El encuentro con el Bautista fue, sin duda, una experiencia básica en su trayectoria. Escuchando al Bautista, Jesús toma conciencia de que no ha de permanecer pasivo, asume la causa del Reino de Dios como el objetivo que estructurará toda su praxis humana y se dispone a vivir preparando al pueblo para el encuentro con Dios. Sin embargo, Jesús toma conciencia de que el Dios que está llegando no es, como

piensa el Bautista, un Juez airado, sino un Padre compasivo. Por eso, lo que él promoverá no es una conversión nacida del miedo al juicio de Dios, sino una conversión que se alimente de la confianza en el perdón del Padre y que genere unas relaciones fraternas que hagan posible la nueva familia de Dios. El gesto de Jesús uniéndose a los pecadores para recibir el bautismo de Juan expresa su voluntad de cargar con el pecado y la aflicción del pueblo por los caminos de la solidaridad fraterna y no de la violencia.

Para identificar la actividad mesiánica de Jesús es decisivo, desde el principio, tomar nota de su renuncia radical al mesianismo davídico. Jesús no se presenta nunca reclamando su ascendencia mesiánica de David, no se identifica con las aspiraciones restauracionistas de la teología de Sión ni ora al Padre desde el espíritu nacionalista que se alimenta en algunos ambientes. No tiene aspiraciones políticas ni religiosas. No se identifica con un Mesías poderoso y guerrero, un «nuevo David» que viene a restaurar el reino político de Israel y el poderío perdido ante los romanos. Su praxis nace de un espíritu diferente.

Descartada la vía del mesianismo davídico, Jesús va a dar un contenido totalmente diferente a su actuación al servicio del Reino de Dios, a la luz del «Hijo del hombre» descrito en Dn 7. Jesús se siente enviado por Dios no para restaurar sin más un nuevo sistema de poder político, militar o religioso, sino para hacer un mundo más justo, digno y humano. Por eso actuará siempre de manera humana, como «Hijo de hombre» venido de Dios y no de modo «bestial», como los poderosos de este mundo, que no hacen sino destruir y matar.

Este estilo mesiánico es contracultural, no responde a las expectativas de quienes reclaman un Mesías vengativo, nace de la fidelidad de Jesús al Padre bueno y misericordioso. Luciani lo llama «mesianismo asuntivo», pues Jesús acoge y asume de manera fraterna y solidaria la realidad humana, y lo describe como una acción propia y específica de Jesús que consiste en «cargar con». Jesús se hace amigo de los pecadores y carga con su pecado, su desprecio y marginación: les ofrece la amistad de Dios, les descubre la alegría de

vivir y la posibilidad de confiar en el Padre. Se acerca a los enfermos y carga con su dolor y sus aflicciones, despertando en ellos la esperanza de vivir. Se pone al servicio de los pobres e indefensos, víctimas de las injusticias de los poderosos y olvidados por la religión, y carga con sus sufrimientos y su abandono: de ellos es el Reino de Dios.

La praxis fraterna y solidaria de Jesús atraía a muchos, pero cuestionaba el poder del Imperio y las pretensiones absolutistas del Templo. El Mesías Jesús no estaba al servicio del César de Roma, que explotaba a los pueblos, ni al servicio de la religión del Templo de Jerusalén, que echaba cargas pesadas sobre las gentes. Solo vivía para el Reino del Padre, que quería un mundo más humano, fraterno y justo. Pronto se convirtió en un Mesías peligroso, pero nadie pudo detenerlo en su entrega fraterna a todos. Al llegar a Jerusalén fue crucificado por el poder de Roma y las autoridades del Templo. Jesús murió como había vivido: entregando su propia vida, cargando con el pecado y la aflicción de todos, confiando en el Padre misericordioso, intercediendo por sus verdugos y ofreciendo el perdón de Dios.

La muerte de Jesús desconcertó a todos sus seguidores. No podían aceptar que el Mesías «tuviera que padecer y entrar así en su gloria». Solo empezaron a entenderlo cuando recordaron su entrega fraterna y solidaria a todos y su compromiso de cargar con su pecado, su aflicción y desesperanza. Tomaron conciencia de que su modo de servir a todos coincidía con el modo de ser del «Siervo de Yahvé» proclamado por Isaías, y que su modo de morir soportando pacientemente el sufrimiento y cargando con los crímenes de sus verdugos era el mismo (Is 52,13-53,12). Luciani puntualiza que Jesús salva no porque nos sustituye como víctima de expiación vicaria, sino porque se entrega de forma solidaria y fraterna hasta la muerte, cargando con nuestra realidad de pecado. En esa entrega se nos está revelando que Dios mismo se hace cargo de nuestros pecados y nos está ofreciendo su salvación.

Un nuevo Reino de paz y de justicia

El estudio de la praxis mesiánica de Jesús permite a Luciani ahondar en la causa del Reino de Dios al que él sirve, precisando mejor la realidad que se encierra bajo ese símbolo utilizado por Jesús.

El Reino de Dios no es una construcción religiosa. No es una especie de nueva religión. No se construye sobre la base de principios doctrinales ni prácticas religiosas. No se entra en la dinámica del Reino por medio de una conducta ajustada a unas normas o preceptos. Tampoco es una vivencia interior de orden espiritual, sin conexión con la historia humana. Entramos en la lógica del Reino de Dios cuando aprendemos a vivir al servicio de una vida más humana y fraterna.

El Reino de Dios no es tampoco un proyecto ideológico o un sistema político. Lo que está en juego no es un simple proyecto de humanidad, alternativo a tantos otros posibles, sino una nueva humanidad que responda a la verdad última querida por Dios. Entramos en el Reino de Dios cuando nos esforzamos por estar en el mundo de un modo nuevo, respondiendo de forma comprometida a lo que Dios quiere para todos sus hijos e hijas.

Los seguidores de Jesús vamos descubriendo ese modo nuevo de entender y construir la historia humana, tal como la quiere Dios, siguiendo la praxis concreta de Jesús. Este Reino de Dios va aconteciendo cuando generamos y promovemos relaciones más humanas. En concreto, cuando aprendemos a vivir relaciones fraternas y solidarias, sin violencia ni injusticias, y cuando vivimos ante Dios con una confianza filial que nos dispone a colaborar en su reinado.

El Reino de Dios está pidiendo conversión. Dios no actúa por encima o al margen de la iniciativa y la colaboración de sus hijos e hijas. Esta conversión es un cambio de vida que consiste en cargar con el drama de la humanidad (guerras, hambre, violencia, pecado...), en romper con las injusticias quitando los obstáculos que impiden que se realice la paz y la reconciliación fraterna querida por Dios, y en promover relaciones de solidaridad abriendo caminos, espacios y

prácticas de vida más humana. Este cambio radical está impulsado por la compasión, pues solo la compasión puede humanizar la vida, incluso en las situaciones más duras, creando unas condiciones nuevas de vida más humana.

La nueva familia de Dios

El Reino de Dios fue el único objetivo de Jesús. Por eso, en realidad, Jesús no llamaba a los suyos para imitarle a él, sino para colaborar con él en el proyecto del Reino. Los llamaba para disponerlos al servicio fiel al Dios del Reino. De este compromiso por el Reino de Dios va naciendo en torno a Jesús un grupo humano de seguidores que forman la «nueva familia de Dios».

Esta familia está constituida por aquellos que «escuchan la Palabra de Dios» y están dispuestos a vivir con el espíritu del Padre, que es compasión y bondad. Los miembros de esta familia de Dios viven comprometidos en que no se olvide la memoria de Jesús, en que sus seguidores sigan actualizando su práctica fraterna y en que el Reino se abra camino hasta su consumación en el banquete definitivo en la mesa del Padre.

Precisamente por eso Jesús cuidó y promovió un gesto sencillo, pero de una densidad trascendente, donde podían experimentar ya la cercanía del Reino, aunque todavía no había llegado a su plenitud. Hay que volver a comer juntos para aprender a vivir fraternalmente hasta que un día nos sentemos a la mesa del Padre para celebrar el banquete definitivo. Este gesto de «comer juntos» no expresa la restauración gloriosa del reino de David, sino la restauración humilde de la fraternidad que humaniza la vida y donde se hace patente que el amor fraterno no es una relación efímera y trivial, sino la realidad definitiva que nos conduce al banquete escatológico en torno al Padre.

En esta comida fraterna nos reconocemos como hijos e hijas de Dios, aceptados por el amor compasivo del Padre, y nos disponemos a cargar con nuestros hermanos. Sentados juntos, en torno a la misma

mesa, se sanan los corazones rotos, se restituye la dignidad al excluido, se devuelve la confianza al pecador, se reconoce su condición filial al despreciado... Aquí se celebra la fraternidad y se toman fuerzas para seguir humanizando la vida mientras acogemos entre nosotros el reinado de Dios.

Una última palabra

Esta obra no dejará indiferentes a los lectores interesados por la figura de Jesús. Algunos agradecerán al autor su esfuerzo por recuperar la memoria de Jesús, recogida y transmitida por sus primeros seguidores, como vía para acceder al conocimiento de Jesucristo. Estoy convencido de que este camino puede abrir un nuevo horizonte al trabajo que viene realizando la investigación histórico-crítica, contribuyendo a plantear de manera nueva y mejor articulada la relación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe.

A otros lectores, este estudio les ayudará a entender mejor la actuación mesiánica de Jesús, la calidad humana de su entrega total a la causa del Reino de Dios o su actitud ante la crucifixión. Muchos descubrirán con luz nueva rasgos fundamentales de Jesús, subrayados con insistencia por el autor: su renuncia a toda violencia, su solidaridad fraterna, su opción por las víctimas, su compasión, su capacidad de cargar con el pecado y la aflicción del ser humano...

Por otra parte, el libro será acogido con satisfacción por aquellos cristianos que sienten la necesidad urgente de una renovación radical del cristianismo, que solo se puede producir si somos capaces de regresar a Jesús. Este estudio puede contribuir a renovar nuestros esfuerzos para volver a Jesús como la única verdad de la que nos está permitido vivir. En concreto, nos estimula a reavivar en nuestras comunidades cristianas el espíritu profético y mesiánico que animó la vida entera de Jesús; nos llama a recuperar el proyecto del Reino de Dios como única tarea de su Iglesia; nos anima a vivir en medio del mundo cargando con la realidad del dolor, el pecado, el sinsentido

y la crisis de esperanza de la humanidad actual; nos alienta a construir en nuestras parroquias esa «familia de Dios» donde poder vivir confiando en el Padre, escuchando su palabra y practicando la fraternidad que abre caminos a su reinado.

En estos momentos en que el papa Francisco está abriendo en la Iglesia un nuevo horizonte de renovación evangélica, la aparición de este libro es una noticia buena, muy buena, pues nos invita a regresar a Jesús. Nada hay más decisivo para la conversión del cristianismo. Gracias, Rafael.

JOSÉ ANTONIO PAGOLA
San Sebastián, enero de 2014

INTRODUCCIÓN

SERVIDORES DE HUMANIDAD

Muchos recordarán el célebre *Catecismo de la doctrina cristiana*, escrito por Jerónimo Martínez de Ripalda en el año de 1616, cuya influencia siguió vigente hasta mediados del siglo xx. Este texto fue considerado como una guía fundamental para el estudio e instrucción de la doctrina cristiana. En él se nos presenta a Jesús como un auténtico maestro y salvador que enseñaba los principios de «la doctrina cristiana» a partir de cuatro elementos fundamentales: «El credo, los mandamientos, las oraciones y los sacramentos»¹, cuatro pilares que han dado forma a un estilo devocional y ensimismado del cristianismo, que se muestra muy distante y olvidadizo respecto a la praxis fraterna, que llegó a ser el criterio más distintivo del estilo de vida de los primeros cristianos. Más aún, el seguimiento de Jesús se enmarcaba en el aprendizaje de una doctrina que debía procurar «entender bien los mandamientos que hemos de guardar y los santos sacramentos que hemos de recibir». Cuántos creyentes devotos tienen como único parámetro de su fe la asistencia a los ritos, el cumplimiento de ciertos mandamientos y rezos, pero nunca han asumido una auténtica praxis fraterna desde donde estructurar sus propias relaciones cotidianas e identidades en todos los ámbitos, tanto privados como públicos, tanto laborales como recreativos, en los que habitan.

Solo a mediados del siglo xx, con la celebración del Concilio Vaticano II, se da un giro extraordinario en la autocomprensión de

¹ Cf. *Catecismo de la doctrina cristiana*, escrito por el padre Jerónimo Martínez Ripalda S.J. en 1616.

la comunidad cristiana y en el modo de expresar las verdades fundamentales de la fe. Fue un acontecimiento que superó las propias fronteras de la conciencia histórica y epocal de la Iglesia, para adentrarse en el espíritu propio de un auténtico acto de conciliación que puso en marcha un proceso de *aggiornamento* de toda la orientación eclesial², tanto pastoral como estructural. Se llega a entender, no fácil, aunque sí acertadamente, la convicción de que «el porvenir de la humanidad está en las manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar»³. Podemos imaginar lo que significaba una frase como esta en aquellos años previos al Concilio, donde todo intento de reforma, de diálogo con el mundo moderno, era rechazado a priori. Más todavía, luego de una amplia tradición de veinte concilios ecuménicos que formularon dogmas y condenaron herejías, el papa Juan XXIII se atreve a recordar en su discurso inaugural del 11 de octubre de 1962 el sentido que debía inspirar el XXI Concilio ecuménico: «Cristo Señor pronunció en verdad esta sentencia: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia”. La palabra “primero” nos indica hacia dónde se tienen que dirigir especialmente nuestras fuerzas y nuestros pensamientos».

Pensar desde la fidelidad al *Reino de Dios* implica comprender el cristianismo como comunidad de creyentes que «está presente en este mundo y con él vive y obra»⁴. Esto significa que no se puede ser cristiano sin optar, sin discernir sobre el *estado de cosas* o condiciones que conforman la realidad social, política, económica y religiosa actual. ¿Absolutizo a una determinada persona, a un modelo económico, a una ideología política, al dinero como forma de bienestar? ¿Sigo viviendo en el modelo preconiliar, basado en las prácticas de obras de misericordia y la asistencia obligatoria al culto como las fuentes de la espiritualidad cristiana? ¿O entiendo que estas solamente

² Cf. S. MADRIGAL, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*. Madrid, 2012, pp. 424-437.

³ *Gaudium et spes* 31.

⁴ *Ibid.*, 40.

tienen sentido celebrativo cuando vuelco mi vida hacia el otro, en especial al que ha sido víctima de las estructuras sociales e institucionales de cualquier orden?

Hemos heredado un estilo de vida religioso que conoció muy poco a Jesús e hizo de él alguien distante, guardado en un sagrario, pero poco trascendente en nuestra vida cotidiana. Nociones bíblicas tan importantes como la del Reino de Dios, que expresaba el proyecto de Jesús, se hicieron completamente extrañas al lenguaje cristiano. Es necesario, pues, que vivamos la crisis que produce el reencuentro con Jesús de Nazaret, el Jesús de los evangelios, para poder echar su vino nuevo en nuestros odres nuevos (Mt 9,16-17).

El período posconciliar actual deja a la vista con claridad la nueva orientación que los cristianos debemos asumir: compartir con todos los hombres la buena noticia del banquete del Reino, que ha sido inaugurado por el Dios revelado en la humanidad de Jesús de Nazaret, y a partir de las condiciones históricas que aquí vivimos, pues «el gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón»⁵.

Un cristianismo así está llamado a superar cualquier visión doctrinaria y ritualista de la práctica cristiana, para comenzar a proclamar la buena noticia que Jesús anuncia en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-19) al leer el texto de Isaías. «O, dicho de otra manera: el Reino de Dios, ¿no comienza cuando los excluidos –es decir, los niños y las mujeres, “los recaudadores de impuestos y los pecadores”, los leprosos y las prostitutas, los minusválidos físicos y los atormentados mentalmente, e incluso aquellos a quienes la muerte ya casi tiene en sus garras– se hallan en compañía de Jesús, comiendo y festejando?»⁶.

⁵ *Ibid.*, 1.

⁶ A. PIERIS, *El Reino de Dios para los pobres de Dios*. Bilbao, 2006, p. 36.

Vivir con el mismo espíritu de Jesús es ponerse «al servicio de la humanidad»⁷. Esa que es frágil y que ha sido olvidada, la pecadora, rechazada o enferma, para que, como pueblo de Dios, podamos caminar hacia la construcción de la verdadera «fraternidad universal» de todos los hijos e hijas de un Dios que solo sabe amar como Padre. No será solo en el culto o en la buena obra que haga por alguien donde encontraré la fuente de la salvación, sino en la relación con el otro⁸, porque «es la persona humana a la que hay que salvar, y es la sociedad humana a la que hay que renovar: por consiguiente, será el hombre el eje de toda esta explanación: el hombre concreto y total, con cuerpo y alma, con corazón y conciencia, con inteligencia y voluntad»⁹. No me salvo *del* mundo o *de* los que en él vivimos, sino que me salvo *en* el mundo cuando dejo de ver al otro como un simple otro que uso o tolero, para darle cabida en mi mesa y asumirlo como hermano. La salvación es un acontecimiento de humanización integral de nuestra humanidad, que nos vuelca completamente al otro para sentarnos juntos en el gran banquete del Reino, porque «el que sigue a Cristo, hombre perfecto, se hace a sí mismo más humano»¹⁰. Tristemente, esta tensión entre culto y vida, o entre doctrina y salvación como humanización, ha estado presente a lo largo de la espiritualidad preconiliar bajo un dualismo irreconciliable.

La buena nueva de Jesús movió a las instituciones políticas y religiosas del primer siglo y estremeció sus duras prácticas sacrificiales (Mt 9,13: «Id, pues, a aprender qué significa: “Misericordia quiero, que no sacrificio”. Porque no he venido a llamar a justos, sino

⁷ Entendiendo así que los grandes interrogantes humanos sobre «el significado de la vida, la actividad y la muerte» (*Gaudium et spes* 41) son los mismos interrogantes de la comunidad eclesial.

⁸ Debemos recordar que el sentido de la expresión *diakonein*, usada en el Nuevo Testamento para hablar del servicio que el Hijo del hombre viene a prestar, no se refiere al servicio que se le ofrece a Dios mediante el culto, sino al cuidado y la entrega al otro, al hermano. Cf. D. HILL, «Son and Servant: an essay on Matthean Christology», en *Journal for the Study of the New Testament* 6 (1980), p. 13.

⁹ *Gaudium et spes* 3.

¹⁰ *Ibid.*, 41.

a pecadores»), a la vez que atrajo a muchos despreciados y olvidados que eran considerados pecadores e impuros por la sociedad de entonces (Mt 21,31: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros al Reino de Dios»). ¿Es posible afirmar que hoy en día creemos, ponemos en práctica, estos mismos principios de la compasión, de la misericordia, por encima del culto y la liturgia? ¿Son los evangelios nuestros libros de cabecera o nos limitamos a lo que nos enseñan los catecismos, a cumplir con ciertos ritos y oír algunas homilías acerca de Dios? ¿Discernimos nuestras vidas a la luz de las palabras, los gestos y las acciones que se nos revelan por medio de la humanidad de Jesús?

Con palabras todavía más fuertes lo recuerda el papa Pablo VI en 1968 al hablar de los pobres y la eucaristía:

Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino [...]. Por lo demás, Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del Evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de compasión y de ayuda es él, como si él mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y potente sociología (cf. Mt 25,35ss) según el humanismo de Cristo¹¹.

Palabras estas que nos remiten a la dura crítica que hace san Pablo a la comunidad de Corinto, que solía practicar un culto sin fraternidad, una misa y no la cena del Señor, ya que, «cuando se reúnen, lo que menos hacen es comer la cena del Señor, porque, apenas se sientan a la mesa, cada uno se apresura a comer su propia comida, y mientras uno pasa hambre, el otro se pone ebrio» (1 Cor 11,20-21).

¹¹ Discurso del papa Pablo VI en Bogotá con ocasión del Congreso eucarístico, 23 de agosto de 1968.

Urge entonces recordar siempre que «el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo»¹².

La comunidad cristiana ha de reencontrarse nuevamente desde su condición de *discipulado*, que ve en el Dios de Jesús su paradigma y en el Espíritu de Jesús su fuerza, su inspiración¹³. Ya no será una comunidad que gire en torno al culto, al sacerdocio y al Templo, o que se justifique en las prácticas de piedad y sacrificio. Su discipulado será auténtico al asumir y cargar con el peso de «la humanidad entera»¹⁴, y no solo con la de los cristianos, pues su misión será «poder contribuir mucho a la humanización de la familia humana y de toda su historia»¹⁵, como expresión de su fidelidad al Reino de Dios.

Hoy se nos presenta nuevamente el reto de regresar a la vida de Jesús, leer los evangelios otra vez y reencontrarnos con el Dios del Reino, para que entonces lo podamos celebrar en la vida y en el banquete. Esto pasa por recuperar el sentido religioso de la praxis histórica de Jesús de Nazaret, inspirada en la noción central del *Reino de Dios*, y vivida en relaciones que humanizan. Se trata de redescubrir el espíritu con el que él actuó y vivió, su apuesta por una vida de profunda *confianza en un Dios que es Padre* –que solo busca el bien de sus hijos queridos– y de *entrega solidaria a los otros* –haciéndose próximo a cada otro al que encontró para amarlo como a un hermano–. Una praxis vivida con ese espíritu se va decantando en una relación subsistente que va constituyendo un sujeto fiel al Padre y entregado al servicio de los hombres, tal como se revela por medio del modo en que vivió, pensó, actuó y se entregó Jesús.

Vivir con su espíritu devuelve la esperanza a los que la perdieron y el futuro a los que creen no tenerlo, porque es un Espíritu que sale al encuentro del afligido y abatido por el peso cotidiano de la vida, y pide el cambio de vida tanto del rico como del pobre, de modo que

¹² *Gaudium et spes* 24.

¹³ *Ibid.*, 1.

¹⁴ Cf. *ibid.*, 2.

¹⁵ *Ibid.*, 40.

no haya más violencia ni odio y no existan más víctimas ni victimarios, para que reine al fin la justicia social en el amor mutuo, porque «para Dios nada es imposible» (Mc 10,27). Este acontecimiento de la vida de Jesús inspiró a los primeros seguidores, y puede ayudarnos a coincidir con los criterios que han de inspirar y redescubrir nuestra identidad propia como *sujetos humanos* y *seguidores del Mesías*, precisamente aquellos que en Antioquía fueron llamados por primera vez «cristianos» (Hch 11,26).